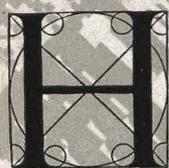


# HOMENAJE A ANTONIO GAUDÍ

*Con motivo de los actos que se celebraron en Reus para conmemorar el centenario del nacimiento del célebre arquitecto en esta ciudad, nuestro compañero Francisco Navarro Borrás pronunció un discurso, del que publicamos una parte, como rendido homenaje de los arquitectos españoles al genial maestro catalán.*



ACE en estos días ventiséis años nos congregábamos, en el patio del hospital de la Santa Cruz de Barcelona, estudiantes de Arquitectura, para inquirir noticias del estado de aquel preclaro reusense a quien hoy rendimos homenaje.

La Prensa había divulgado la noticia del accidente; autoridades, amigos, compañeros y discípulos, le rodeaban en una modesta estancia del hospital. El dolor batía sordo en los pechos; los estudiantes aguardábamos fuera las noticias frecuentes que nos transmitía nuestro profesor Jujol.

Y en aquella hora suprema en que la luz se va, y frente al misterio del infinito la conciencia reconstruye la vida, Gaudí permanece sereno; no altera su mirada ni con la presencia de los más altos dignatarios. Con los ojos bien abiertos los mira, pero sólo salen de sus labios, mezcladas con estertores de agonía, las palabras de «Jesús, Dios mío, Misericordia».

El tránsito sucedió dulcemente; su muerte nos sumergió en tristeza infinita, pero luego la vida, renovación perpetua, continúa y nuestro duelo se mitiga; y hoy me tenéis aquí para aportar mi flor a la guirnalda del Centenario.

No mueren los hombres cuando supieron ordenar su vida en trabajo, que se traduce en obras que son luz, camino y guía. Y si Gaudí dedica su vida entera a una bella e intensa trayectoria, que discurre siempre bajo los auspicios de la Divina Sabiduría, bien merecido tendría un glosador de su inmortalidad, que no fuera este modesto arquitecto que os dirige la palabra, cuyo único contacto con el Maestro fué el de portador de sus mortales despojos.

Cuando el cansancio de la forma determina la muerte de un estilo, en Arquitectura, transcurre un lapso de tiempo, corrientemente largo, durante el cual se plasman todos los ensayos, que luego por síntesis han de conducir a la época arcaica de otro estilo nuevo.

El neoclasicismo en el siglo XVIII es el último estertor del Renacimiento. Después de él las pompas y esplendores del período romántico no son más que un vacío, con el que puede darse por concluida toda prolongación del XVIII. Luego la anarquía y el individualismo quedan señores del campo de la Arquitectura; apuntan muchas tendencias y apenas alguna llega a granazón. Se siguen alternativamente orientaciones opuestas, o se carece de cauce, de visión y meta; a veces lo particular y autónomo se sobrepone a lo genérico. En la lucha entre la servidumbre académica y la aventura desmandada el triunfo es indeciso; el mundo de las artes plásticas se halla entre el epílogo de un estilo caduco y el prólogo del que aún está por cuajar.

Y en aquella hora difícil en que las mentes rectoras luchan para encauzar el pensamiento en todos los ámbitos de su actividad, surge, providencialmente, en el campo de la Arquitectura, la figura señera de Gaudí.

Fué Don Antonio Gaudí Cornet, varón recto y piadoso, de intachable pureza de costumbres, austero, desinteresado, de sincera modestia, que no excluía ni la conciencia de su propio valer, ni la firmeza de sus opiniones; meditabundo y contemplativo; algo esquivo en el trato de las gentes, pero pródigo de sus afectos en la intimidad de sus verdaderos amigos. Fué a la vez artesano, científico y artista; de intensa vida interior, íntegramente consagrado a su obra.

Firme admirador de la naturaleza, supo interpretarla en las obras de Arquitectura, tras de superar por su propio esfuerzo los fáciles caminos de una práctica rutinaria, percatarse de la elevada misión del Arquitecto de su época, romper cánones, vencer la instintiva oposición de profesionales con prestigio consolidado, y aprovechar la ocasión que siempre se presenta a los que intentan cosas grandes.

Y alcanzó un prestigio tan alto que, tras luchas titánicas, vió trocarse la negación sistemática en las gentes a todo lo nuevo, en ciego fetichismo, que arrastró promociones enteras de jóvenes arquitectos por sendas de innovación, tan peligrosas como la misma fidelidad a los estilos tradicionales.

Y es que los espíritus juveniles, amantes invariables de la renovación, no siempre poseen alas suficientemente fuertes para volar a las regiones donde el genio campea, ni la prudencia necesaria para elegir con acierto en épocas de transición, que imponen, más que nunca, aquel sabio programa condensado por Willam Hamilton en tres palabras: parsimonia, integridad y armonía.

Por ésto, al lado de las creaciones gaudinianas, hervores de osadías y de aciertos, encontramos obras de algunos seguidores que hacen pensar sobre la oportunidad de aplicar a su escuela, aquella censura que los moralistas adoptan, a veces, para las obras literarias:

*apta solamente para personas bien formadas y de buen sentido.*

Gaudí es un investigador; y su proceso de creación artística no discurre ni por el camino real del dogmatismo, ni por las alegrías de la improvisación. Y en cambio, algunos de sus imitadores buscan sólo notoriedad, pero ignoran los esfuerzos que requieren los avances, por insignificantes que sean, en cualquier campo de la especulación humana. Y así carecen de las experiencias y desengaños que el maestro encuentra en su cotidiana jornada de trabajo, pero también desconocen la satisfacción de los hallazgos, porque nada ennoblece tanto al espíritu humano como aquella parte de la verdad que se conquista con el propio esfuerzo.

Todavía no ha llegado el momento de escribir la Historia crítica de la Arquitectura en dicha época, porque el período de transición no ha terminado; mas lo cierto es que tras de los ensayos de Gaudí en España, los de Otto Rietz y Otto Wagner en Austria, los de Garnier en Francia, etc. aparece en todos los países una tímida vuelta a los módulos y diámetros del Vignola, Vitruvio, Palladio, Scamozzi; reacción nuevamente interrumpida por las audacias de Bruno Taut, Erich Mendelsohn, Walter Gropius, en Alemania, Gaetano Minnucci, Francesco Fariello en Italia, y los rusos y los finlandeses y los escandinavos, que producen el flujo y reflujo que hace surgir los, aún recientes, ensayos de arquitecturas fascistas y soviéticas, y sobre todo el gran fraude de Le Corbussier, quien con una propaganda tan bien dirigida y artificiosa como falta de contenido, sedujo en masa a la generación escolar de mis tiempos, deslumbrada por el calificativo de funcional con que se adornaba la nueva Arquitectura, sin meditar bien que sin este atributo, la Arquitectura de cualquier tiempo deja de ser Arquitectura.

Enterrado ya hoy en Europa el mito Courbussieriano, la juventud estudiosa que integra la vanguardia de la Arquitectura se ha desprendido del lastre de los prejuicios que suponían el especular tendenciosamente con masas y volúmenes; y remontándose a principios elementales, superiores a la materia y a la forma, persiguen algo que, precediendo a toda composición de Arquitectura, sea por sí mismo realidad simplísima. Es decir, vuelven por el camino honesto y bien intencionado que predicó Gaudí, y, aunque en aspecto distinto, se hallan en el mismo campo de las ideas que el Maestro sembrara, donde sin haber logrado todavía una fórmula estética concreta, todo resultado es siempre fructífero, orientador y de sentido universal.

